

1936: ¿golpe militar o asalto al poder?*

(1936: a military *coup d'état* or seizure of power?)

Ugarte, Javier

Universidad del País Vasco. Fac. Filología y Geografía e Historia

Dpto. Historia Contemporánea

Paseo de las Universidades, 5

01006 Vitoria-Gasteiz

BIBLID [1136-6834 (1998), 26; 245-250]

Según vienen a mostrarnos las últimas investigaciones, fue la resolución de los insurrectos al plantear el conflicto de 1936 en términos de enfrentamiento civil (y no tanto como un simple golpe de estado), concebirlo como un verdadero asalto al poder (Machtergreifung) con pretensiones de cambio radical de la sociedad de signo fascista (como tantos otros de la época, en Alemania, Italia, Portugal, etc.), el origen de la guerra civil y su resultante, el franquismo.

Palabras Clave: Enfrentamiento civil. Golpe de estado. Asalto al poder (Machtergreifung).

Azken ikerketek erakutsi dutenez, altxatuek 1936ko gatazka enfrontamentu zibil moduan (eta ez estatu-kolpe soil gisa) planteatzeko erabakia, benetako boterearen aurkako eraso gisa (Machtergreifung) pentsatua eta gizartea errotik aldatzeko asmoa, faszismoaren ezaugarriak zituen (garaiko hainbat bezala, Alemanian, Italian, Portugalen, etab.), horiek dira gerra zibilaren eta haren ondorioz sorturiko frankismoaren jatorria.

Giltz-Hitzak: Enfrontamentu zibila. Estatu-kolpe. Boterearen aurkako eraso (Machtergreifung).

Comme nous le démontrent les dernières recherches, les insurgés, en présentant le conflit de 1936 en termes d'affrontement civil (et pas seulement comme un simple coup d'état), en le concevant comme un véritable assaut au pouvoir (Machtergreifung) qui prétendait changer radicalement la société fasciste (comme beaucoup d'autres à l'époque, en Allemagne, Italie, Portugal, etc.), furent à l'origine de la guerre civile et le franquisme en résultant.

Mots Clés: Affrontement civil. Coup d'état. Assaut au pouvoir (Machtergreifung).

*. Esta conferencia tiene su soporte empírico y argumental en el libro del autor *La nueva Covadonga insurgente. Orígenes sociales y culturales de la sublevación de 1936 en Navarra y el País Vasco* (en imprenta)

Comenzaré por adelantar la respuesta que yo daría a la disyuntiva que se plantea en el título de esta intervención: ¿golpe militar o asalto al poder?. Según vienen a mostrarnos las últimas investigaciones sobre el País Vasco y Navarra (y también de otros territorios), fue la resolución de los insurrectos al plantear el conflicto hacia 1936 en términos de enfrentamiento civil el origen de aquella guerra. No fue un golpe de Estado devenido en guerra civil (tal como aún se recoge mayoritariamente en los manuales). Más bien, fue un levantamiento civil con pretensiones de cambio radical de la sociedad (lo que los alemanes llamaron *Machtergreifung*) llevada a cabo ciertamente con un fuerte aparato militar (dada la ubicación profesional del sector del establishment que dirigió tácticamente la operación, no tanto ideológica o estratégicamente) el origen de la guerra civil y su resultante el franquismo.

Quisiera huir en todo caso -y establecidas las cosas en esos términos- de cualquier tentación nominalista o de reificación (Stuart Mill). Decía Bloch que en ocasiones las cosas cambian con el tiempo mientras permanecen las palabras empleadas para designarlas. Así la palabra latina *servus* ha atravesado los siglos pero a consta de haber modificado radicalmente su semántica: entre el *servus* romano (que tendemos hoy a llamar esclavo) y el siervo medieval hay sin duda más diferencias que semejanzas. Así también, la palabra nación (*nationem*, *natie*, *nation* o *Volk*) puede adoptar la acepción de gens, grupo de estirpe, sujeto de soberanía o pueblo con sentido histórico según distintas épocas y corrientes de pensamiento. Otro tanto podría decirse de tantos otros términos. Así pues, palabras y cosas según su propia dinámica histórica (con permiso de estructuralistas y de conceptualistas alemanes).

En este caso me quiero referir a **las cosas** antes que a las palabras en el sentido en que lo decía Bloch. Puedo pretender que debamos cambiar el término para referirnos a un suceso. Pero no me interesa la discusión sobre el término sino sobre el suceso. Quisiera referirme a lo ocurrido en la primavera y el verano de 1936, y sólo discutiré sobre las palabras en la medida que crea que, desde el lenguaje normal, ayudan a nuestra comprensión de los hechos. Pero nada más. Quisiera huir del nominalismo que ha embargado en ocasiones la ciencia histórica por adherencias de otras disciplinas.

Aquí, claro, no haré sino plantear el núcleo de la argumentación sin ánimo por mi parte de apurarlo, y mucho menos de cerrarlo.

1936 es una fecha clave de nuestra historia reciente. Existe unanimidad entre los contemporaneistas en este punto. En ella se sintetiza la historia inmediatamente anterior, fue el momento fundacional de lo que sería la dictadura -es decir, la historia de España en esos largos cuarenta años-, y, como ha mostrado Paloma Aguilar, su memoria condicionó la propia forma en que se produjo la transición y la aparición de la actual democracia en 1976. 1936 es, pues, clave para entender la historia reciente de España y, por extensión, del País Vasco. Comprender 1936 puede ayudarnos a comprender 1996.

No abordaré ahora, claro, una discusión completa de la significación de aquella fecha (que ya ha sido tratada aquí desde otras perspectivas). Pero sí un aspecto que estimo clave para su comprensión.

Cuando lo hago es desde el convencimiento de que tener una ajustada comprensión sobre 1936 es necesario y útil para la buena memoria -que es como hablar del buen sentido- de esta sociedad. Intentarlo no es, por tanto, una distracción académica más o menos seduc-

tora intelectualmente, sino que está en el meollo de lo que podría ser el papel social de la historia.

Ha solidado defenderse, como he dicho, que en 1936 se produjo un intento de golpe militar en España (los más convencidos hablan de un pronunciamiento) que, al fracasar, habría dado lugar a la guerra (y, para algunos, a la revolución). Es la interpretación aún más admitida de aquella contienda.

No parece ajustarse, sin embargo, bien a los hechos, y resulta incongruente con la historia anterior y posterior a la guerra. Por lo que se ha podido estudiar de la historia concreta de esos años -muy especialmente en el País Vasco y en Navarra- el acto de rebeldía realizado en 1936 no fue una asonada militar, sino que se trató de uno más de los que en la época se llamaron actos de afirmación patriótica, deliberadamente armado y con clara conciencia de hacerlo para crear una nueva sociedad y un nuevo sistema político (el llamado nuevo Estado). Fue planteado, ya desde 1931 -aún entonces en sectores minoritarios-, en términos de lo que Ernst Nolte ha llamado ideologías de la guerra civil (sin que esta afirmación conlleve suscribir otras apreciaciones extremas de Nolte). Nada que ver con un acto militar más o menos indefinido que devino en guerra. Fue un acto consciente de política de guerra civil, en ese sentido que se le daba en la época (como lo fue la marcha sobre Roma en 1922, el *Putsch de la cervecería* de Hitler en Munich en 1923 o, después, en 1941, la revuelta legionaria en Bucarest, y tantos otros). Como ellos fue un acto revolucionario (en su doble acepción de revuelta e intento de alumbramiento de una nueva sociedad, autoritaria en este caso). Digamos que, sin pretender ser terminológicamente exactos, se trató de un asalto al poder, que implicó a una buena parte de la población y que adoptó las formas de otros levantamientos parecidos en la Europa del momento.

A probarlo vendría la existencia de unas ideologías, de expresión y orígenes variados, que propugnaban un acto de esa índole (especialmente sistematizadas en la revista *Acción Española*, como mostró el profesor Morodo en su día y otros desde entonces, y divulgadas en este país por periódicos como *La Gaceta del Norte*, el *Pensamiento Alavés*, *El Pueblo Vasco*, *El Pensamiento Navarro* o el *Diario de Navarra*).

El *Pensamiento Alavés*, tras renegar del sistema de sufragio -según su expresión-, ya hablaba abiertamente en una fecha tan temprana como la del 18 de febrero de 1936 (a dos días de que la derecha perdiera en las urnas el gobierno de España) de una previsible catástrofe (en alusión a una posible acción armada). Si llegaba, se decía, sería "porque Dios lo quiere" y tendría como misión "salvar a España y defender los imprescindibles derechos de la Religión". Ya se hablaba del hombre providencial y fuerte llamado a realizarla. Aún antes, en plena campaña electoral de enero de ese año se podían leer en *La Gaceta* llamamientos a "la lucha, iniciando una verdadera cruzada contra la revolución... Por ahora en las urnas, más tarde ya veremos...". Los tradicionalistas bilbaínos lo expresaban ya en junio de 1935: "sólo existe un camino: a principios falsos oponer principios verdaderos, derramando si para ello fuera preciso la sangre, como lo hicieran nuestros antepasados". Y es sabido que la derecha navarra (desde los carlistas a lo que luego sería Unión Navarra pasando por el grupo del *Diario de Navarra*) plantearon ya las elecciones municipales de 1931, antes de ser proclamada la República, en los términos schmittianos (Carl Schmitt) de la nación en estado de emergencia y en guerra contra el enemigo interior: la izquierda extranjerizante. Ese sector,

que formó en Navarra el Bloque de Derechas, pasó de contar en 1931 con el 63% de los votos navarros al 70% en 1936. Incluso en Pamplona contaban con casi el 64% de los votos y el 60% en la Ribera. Y ello en el marco de una campaña radicalmente antirrepublicana por ser esta anticatólica y contraria a las esencias de Navarra (hasta plantear un conflicto de rebeldía general en junio de 1936 al intentar el gobierno disolver la Diputación).

De modo que claramente se anunciaba la disposición de los sectores conservadores y los radicales de la derecha a continuar la política por otros medios (según la manida fórmula de Clausewitz), de dar pasos hacia la confrontación armada hasta el "éxito que no está lejano", se decía. Podríamos extendernos en un sinnúmero de ejemplos de esa disposición.

Como en Alemania (George Mosse y Jeffrey Herff) o Rumanía (Fco. Veiga) o Italia (Emilio Gentile), aquella idea de acción se lograba vincular con cierta tradición nacionalista de carácter casticista y esencialista (la que arrancaba de los carlistas del XIX, Donoso Cortés, Balmes, Aparisi y Guijarro, Menéndez Pelayo -como máxima expresión intelectual-, Vázquez de Mella hasta Maeztu y sus contemporáneos, que lo vincularon a las nuevas corrientes autoritarias europeas, especialmente a Action Française). Tradición que había logrado adoptar, desde su catolicidad, la liturgia sacra barroca como valor propio y desarrollado un extenso programa cultural que se esforzó en expresar el "espíritu de la raza" (desde la zarzuela a los toros, la arquitectura mudéjar o las artes plásticas tratando de encontrar lo que de propio y particular había en el ser español). Programa cultural profundamente arraigado, por cierto, entre la clase media vasca y española.

Por lo demás, su programa no pretendía simplemente eliminar la República con sus pretendidas lacras: quería inaugurar una nueva época con una nueva forma política, el *nuevo Estado* (según la fórmula de los Reyes Católicos si se quiere -Victor Pradera- como expresión de su esencialismo maurrasiano), y una nueva sociedad en la que sería protagonista el caballero español cristiano. Un programa equiparable a otros de la Europa del momento.

Y, como decía, no debemos menospreciar (como tardíamente se dio cuenta Manuel Azaña, en su retiro de 1937) el arraigo que en sectores de clase media y amplios ámbitos de la vida rural española tenía aquel programa que incluía toda una idea de España que iba del detalle cotidiano a las grandes cuestiones sobre su ser. Idea, que por cierto se desarrolló fuertemente en Navarra por gente como Raimundo García (*Garcilaso*), Eladio Esparza o Pedro Uranga.

Para terminar, aquella idea ultranacionalista, autoritaria e insurgente, contaba con la organización y el empuje -nunca debidamente resaltado- de sectores movimentistas (en expresión de De Felice) dispuestos a realizar su propia revolución (se hablaba sin recato de la revolución carlista). Grupos perfectamente homologables con otros propios de la época en Europa.

Las cosas fueron de ese modo. Seguramente porque las derechas aprendieron del llamado reiteradamente en sus publicaciones error Sanjurjo (y antes error Primo), tal como lo hicieron esos sectores en Alemania con Kapp *Putsch*. Fue aquél, el de Sanjurjo, el último pronunciamiento, fórmula que no podía tener éxito en una sociedad masa. A combatir aquel error dedicaron sus mejores esfuerzos aquellos años. Tal vez lo exprese gráficamente la respuesta dada por Franco a los conspiradores de UME EN 1935. Consultado sobre su apoyo a un posible golpe, contestaba que él no apoyaría "conspiraciones de vía estrecha ni pronuncia-

mientos militares tipo siglo pasado", pues, decía, cualquier medida tendría que "estar respaldada por el pueblo". En marzo de 1936, de paso por Cádiz, viendo a una ciudad en huelga, consciente del apoyo social de la República, pronosticaba que cualquier sublevación sería larga y difícil.

Quienes no dedujeron lección alguna de aquella experiencia fueron los republicanos del gobierno. Informado éste por Casares Quiroga el 10 de julio de que había una conspiración firme en marcha, decidieron esperar a que todo madurara en la confianza de que aparecerían los directores de ésta y fueran descabezados. Siempre bajo el supuesto de que era un pronunciamiento más (como el de Sanjurjo). De ahí su negativa al reparto de armas.

Por su parte, el ejército, en el marco de una ideología que incorporaba valores militaristas y una apreciación corporativa de su papel en España, no actuó corporadamente sino como el sector más organizado y mejor equipado tácticamente de los grupos del establishment o los sectores acomodados. RE, por ejemplo, sin el respaldo popular de la CEDA y las milicias de carlistas o falangistas, cedió en 1936 la coordinación de la conspiración en el grupo de generales afines, en el convencimiento de que era el modo más idóneo de alumbrar desde la sombra el nuevo régimen (como en parte ocurrió).

Después de todo, desacralizando las palabras, la marcha sobre Roma, al negarse el ejército a reprimir a los *squadristi*, tuvo mucho de golpe de Estado (así se le llamaba en la época desde España aduciendo a Curzio Malaparte). Otro tanto ocurrió con el *Putsch de la cervecería* de Hitler, al contar éste con apoyo del *Reichswehr* bárbaro, a las órdenes del general Von Lossow, quien había sido mantenido en el mando por el presidente de Baviera Von Kahr y con el apoyo del comandante de la policía del Estado Von Seisser cuando fue destituido por actividades contrarias al gobierno federal. Técnicamente fue un golpe de Estado fracasado.

La cuestión de la nomenclatura es, pues, menor. Pero pensar en un golpe de Estado (en los términos del viejo pronunciamiento) no explica la historia de España y el País Vasco hasta 1936, no encaja con los hechos producidos en el mismo año y no explica el apoyo social del nuevo régimen y el consenso más o menos estable entre amplios sectores de población que logró durante varios años. Ciertamente, dicho en términos coloquiales, no salen los números.

Finalmente, podría decirse que allí en donde, en el caso vasco-navarro, un sector planteó las cosas en términos claros de enfrentamiento civil controló su territorio. En Navarra el tema resulta meridiano. En Bilbao con la izquierda masivamente movilizada y en San Sebastián con las milicias organizadas en Pasajes e Irún, en franca lucha armada contra el fascismo, lograron controlar la situación. Alava pudo ser de quien fuera más resuelto, y las autoridades locales siguieron la táctica del gobierno de Madrid: esperar, en la confianza de que fuera un pronunciamiento. En la mañana del día 19 el gobernador civil tuvo que salir de la provincia y Alava fue para los sublevados.

Creo que sólo una interpretación en términos de coalición antirrepublicana entre amplios sectores del establishment y la clase acomodada con grupos movimientistas (de composición social abigarrada, pero formado por jóvenes de clase media y círculos rurales vinculados a ciertos grupos de clientela o ensimismados en una lectura sacral de la sociedad); una coalición basada en redes sociales y clientelares (de larguísima tradición en España) puede expli-

car aquel momento en los términos lógicos de la historia anterior, la coyuntura vivida en los 30 por Europa y dar luz a lo ocurrido luego con el franquismo.

La otra lectura tiene algo de herencia de cierto casticismo historiográfico que aún perdura ("lo nuestro" fue distinto, se dice, pero no desde el orgullo inglés o alemán, sino desde el complejo hispano), y de una visión romántica y, al fin, exculpatoria del papel de tantos españoles y vascos en aquella guerra. Casticismo porque seguimos empeñados en subrayar la diferencia del caso español frente a Europa (como antes hablamos del atraso o de la singularidad del carlismo, etc.). Y visión exculpatoria porque queremos hacer de unos militares atrabiliarios y airados los únicos (o principales) culpables de aquella tragedia (cuando no recurrimos a la figura del astuto y sanguinario general Franco) siendo como fue un amplio movimiento colectivo en el que, a distinto nivel, tomaron parte ideólogos, órdenes religiosas (y sus colegios), artistas, escritores y gente llana, etc.

Resulta más tranquilizador culpar a Franco o los militares. Pero la realidad es tenaz y las cosas fueron así de complejas.